LA LENTE DE DIAMANTE

Fitz James O'Brien



LA LENTE DE DIAMANTE FITZ JAMES O'BRIEN

Fitz James O’Brien

La lente de diamante



Fitz James O’Brien

Nació el 31 de diciembre de 1828 en el condado de Cork, en Irlanda. Fue cuentista y escritor; de la estirpe de Poe, Bierce y Lovecraft. Es considerado uno de los precursores de la ciencia ficción. Hacia 1852 viajó a los Estados Unidos, en donde cambió su nombre Michael O’Brien por Fitz James.

Su primera vinculación literaria importante fue con la revista *Harper’s Magazine,* en la que inició en febrero de 1853, con «Las dos calaveras». Contribuyó a esta revista con más de sesenta trabajos en prosa y verso. Asimismo, escribiría para *New York Saturday Press, Putnam›s Magazine, Vanity Fair* y el *Atlantic Monthly.*

Falleció en Cumberland, Maryland, el 6 de abril de 1862.

La lente de diamante
Fitz James O’Brien

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Christopher Zecevich Arriaga
Subgerente de Educación

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

María Celeste del Rocío Asurza Matos
Jefa del programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juárez Zevallos
Selección de textos: Alvaro Emidgio Alarco Rios
Corrección de estilo: Margarita Erení Quintanilla Rodríguez
Diagramación: Ambar Lizbeth Sánchez García
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa Lima Lee, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

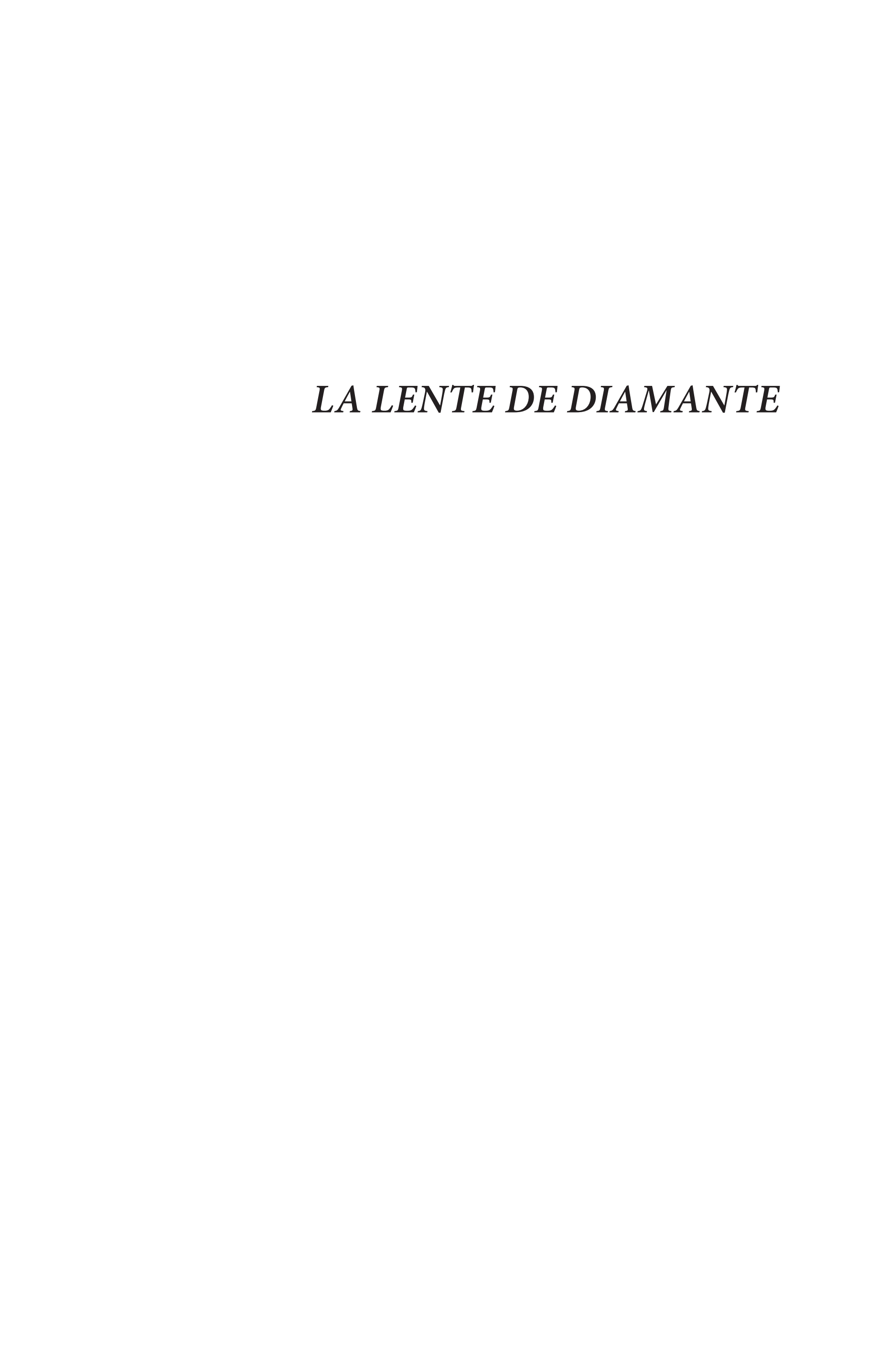
La pandemia del denominado COVID-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección Lima Lee, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa Lima Lee de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima



LA LENTE DE DIAMANTE

I

LA ELECCIÓN DEL CAMINO

Desde mi más temprana infancia, todas mis inclinaciones se abocaron hacia la investigación microscópica. Cuando no tenía más de diez años, un pariente lejano de mi familia, esperando sorprender mi inexperiencia, construyó un microscopio muy sencillo para mí, perforando en un disco de cobre un pequeño agujero al que era retenida una gota de agua pura por medio de la atracción capilar. Este enormemente primitivo aparato, que aumentaba unos cincuenta diámetros, presentaba, es cierto, tan solo formas indistintas e imperfectas, pero pese a ello eran lo suficientemente maravillosas como para despertar mi imaginación hacia un preternatural estado de excitación.

Al verme tan interesado en aquel burdo instrumento, mi primo me explicó todo lo que sabía de los principios sobre los que se basaba el microscopio. Me relató algunas

de las maravillas que se habían conseguido a través de él, y terminó prometiéndome que me enviaría uno construido como correspondía apenas regresara a la ciudad. Conté los días, las horas, los minutos que transcurrieron entre esa promesa y su partida.

Mientras tanto, no permanecí ocioso. Me apoderaba de cada sustancia transparente que presentaba el más remoto parecido con una lente, y la empleaba en vanos intentos de construir aquel instrumento, las teorías de cuya construcción apenas comprendía vagamente. Todos los paneles de cristal que contenían esos nudos esferoidales abultados que familiarmente conocemos como «ojos de buey» eran inmisericordemente destruidos, en la esperanza de obtener lentes de maravilloso poder. Incluso llegué hasta tan lejos como a extraer el humor cristalino de los ojos de peces y animales, y me dediqué a prensarlos al servicio del microscopio. Me confesé culpable de haber robado los cristales de las gafas de mi tía Agatha, con la vaga idea de pulirlos hasta convertirlos en lentes de maravillosas propiedades amplificadoras…, en cuyo intento es innecesario decir que fracasé totalmente.

Finalmente, llegó el prometido instrumento. Era del tipo conocido como microscopio simple de Field, y había costado quizás unos quince dólares. En lo que

a propósitos educativos se refiere, no podía elegirse un aparato mejor. Lo acompañaba un breve tratado sobre el microscopio: su historia, usos y descubrimientos. Me sumergí entonces, por primera vez, en los «goces de *Las mil y una noches*». El apagado velo de la existencia ordinaria que cuelga sobre el mundo pareció enrollarse repentinamente, y dejar al descubierto una tierra de encantamientos, me sentí hacia mis compañeros como debe sentirse el vidente hacia las masas de los hombres vulgares. Mantuve conversaciones con la naturaleza en una lengua que ellos no podían comprender. Permanecí en comunicación diaria con las maravillas vivas, de una forma como nunca podría imaginar ninguno de ellos en sus más alocadas visiones. Penetré más allá del portal externo de las cosas, y vagué a través de sus santuarios. Donde ellos solo veían una gota de lluvia rodando lentamente hacia abajo por el cristal de la ventana, yo veía un universo de seres animados con todas las pasiones comunes a la vida física, convulsionando su diminuta esfera con luchas y forcejeos tan intensos como los de los hombres. Los habituales puntitos blancos que mi madre, como buena ama de casa que era, retiraba apresuradamente de sus tarros de mermelada, contenían para mí, bajo el nombre de moho, jardines encantados,

llenos de valles y senderos del más denso follaje y más sorprendente verdor, mientras que de las fantásticas ramas de esos microscópicos bosques colgaban extraños frutos que resplandecían en verdes, platas y oros.

No era el ansia científica lo que llenaba por aquel entonces mi mente. Era la pura alegría de un poeta ante quien se ha abierto un mundo de maravillas. No hablé con nadie de mis solitarios placeres. A solas con mi microscopio forzaba mi vista, día tras día y noche tras noche, examinando las maravillas que se desplegaban ante mí. Era como aquel que, tras haber descubierto que aún existe el antiguo Edén en toda su gloria primitiva, decide gozar de él en soledad, y no traicionar nunca a ningún mortal el secreto de su localización. El camino de mi vida quedó decidido en aquel momento. Mi destino era ser microscopista.

Por supuesto, como cualquier novicio, me creía un descubridor. Por aquel entonces ignoraba los miles de agudas inteligencias dedicadas a los mismos afanes que yo, y con la ventaja de instrumentos un millar de veces más poderosos que el mío. Los nombres de Leeuwenhoek, Williamson, Spencer, Ehrenberg, Schultz,

Dujardin, Schact y Schleiden me eran por aquella época completamente desconocidos, e ignoraba sus pacientes y maravillosas investigaciones. En cada nuevo espécimen de criptogamia que colocaba debajo de mi instrumento creía descubrir maravillas de las que el mundo era aún ignorante. Recuerdo bien el estremecimiento de deleite y admiración que me recorrió de pies a cabeza la primera vez que descubrí el rotífero común (*Rotifera vulgaris*), expandiendo y contrayendo sus flexibles radios y girando aparentemente en el agua. Luego, a medida que crecí y conseguí algunos libros que trataban de mi estudio favorito, descubrí que solo me hallaba en el umbral de una ciencia a cuya investigación estaban dedicando sus vidas y sus intelectos algunos de los hombres más grandes de la época.

A medida que fui creciendo, mis padres, que veían pocas posibilidades de que se derivara algo práctico del examen de trozos de moho y gotas de agua a través de un tubo de cobre y un trozo de cristal, se mostraron ansiosos de que eligiera una profesión. Era su deseo que entrara a trabajar en la contaduría de mi tío, Ethan Blake, un próspero comerciante, que dirigía sus negocios desde Nueva York. Combatí decidido aquella sugerencia. No

sentía el menor interés por el comercio; no sería más que un fracaso; en pocas palabras, me negué a convertirme en comerciante.

Pero era necesario que eligiera alguna meta. Mis padres eran gente juiciosa de Nueva Inglaterra, que insistían en la necesidad de trabajar; y, en consecuencia, aunque gracias a la bondad de mi pobre tía Agatha iba a heredar a mi mayoría de edad una pequeña fortuna, suficiente para situarme por encima de las necesidades más básicas de la vida, había decidido que, en vez de aguardar aquel momento, actuaría noblemente y emplearía los años que aún faltaban hasta entonces a lograr mi independencia económica.

Tras mucho meditar, me rendí a los deseos de mi familia y seleccioné una profesión. Decidí estudiar Medicina en la Academia de Nueva York. Aquella disposición de mi futuro encajaba con mis ideas. El alejamiento de mi familia me permitía disponer como gustara de mi tiempo, sin temor a ser detectado. Mientras pagara las tasas de la Academia, podía saltar el asistir a las clases si así lo decidía; y, puesto que nunca tuve la más remota intención de presentarme a los exámenes,

no había ningún peligro de ser «suspendido». Además, la metrópolis era el lugar ideal para mí. Allá podía obtener excelentes instrumentos, las más recientes publicaciones, intimar con los hombres cuyos objetivos corrían paralelos a los míos…, en pocas palabras, todo lo necesario para asegurar una provechosa devoción de mi vida a mi amada ciencia. Tenía dinero en abundancia, pocos deseos que no fueran cumplidos por mi espejo iluminado a un extremo y mi objetivo de cristal al otro; ¿qué pues, podía impedirme el convertirme en un ilustre investigador de los mundos velados? Fue con las más alegres esperanzas que abandoné mi Nueva Inglaterra natal y me establecí en Nueva York.

II

LOS ANHELOS DE UN HOMBRE DE CIENCIA

Mi primer paso, por supuesto, fue hallar un apartamento adecuado. Lo encontré, tras un par de días de búsqueda, en la Cuarta Avenida, un hermoso primer piso sin muebles que contenía una sala de estar, un dormitorio y una pequeña habitación que me serviría como laboratorio. Lo amueblé con sencillez, pero elegantemente, y luego dediqué todas mis energías al adorno del templo de mi adoración. Visité Pike, el celebrado óptico, y pasé revista a su espléndida colección de microscopios: El Field compuesto, el Hingham, el Spencer, el Nachet binocular (ese fundado en los principios del estereoscopio), y finalmente me fijé en el microscopio conocido como el Trunnion de Spencer, una combinación del mayor número posible de mejoras con una casi total independencia de las vibraciones. Junto con él adquirí todos los accesorios disponibles: tubos de ensayo, micrómetros, una cámara lúcida, un soporte,

condensadores acromáticos, iluminadores de nube blanca, prismas, condensadores parabólicos, aparatos de polarización, fórceps, cajas acuáticas con gran cantidad de otros artículos, todos los cuales podían resultar útiles en manos de un microscopista experimentado, pero que, como descubrí más tarde, no me servían para nada en aquellos momentos. Se necesitan años de práctica para saber cómo utilizar un complicado microscopio.

El óptico me miró suspicazmente mientras yo efectuaba aquellas voluminosas compras. Evidentemente, dudaba entre calificarme como alguna celebridad científica o como un loco. Creo que se inclinó por lo último. Supongo que estaba loco. Todos los grandes genios están locos acerca del tema que para ellos es el objetivo principal de su vida. Los locos que no tienen éxito caen en desgracia y son llamados lunáticos.

Loco o no, me puse al trabajo con un celo que pocos estudiantes científicos han igualado nunca. Lo tenía todo por aprender acerca del delicado estudio en el que me había embarcado…, un estudio que implicaba la más intensa paciencia, los más rígidos poderes analíticos, la mano más firme, el ojo más incansable, la más refinada y sutil manipulación.

Durante largo tiempo, la mitad de mis aparatos yacieron inactivos en los estantes de mi laboratorio, que estaba ahora ampliamente aprovisionado con todos los artilugios posibles para facilitar mis investigaciones. El hecho era que no sabía cómo utilizar algunos de mis accesorios científicos —puesto que nunca había estudiado Microscopía—, y aquellos cuyo uso comprendía teóricamente me eran de poca ayuda hasta que, a través de la práctica, pudiera alcanzar la delicadeza de manejo necesaria. De todos modos, tal era la furia de mi ambición, tal la incansable perseverancia de mis experimentos, que, por difícil que pueda parecer de creer, en el transcurso de un año me convertí, en la teoría y en la práctica, en un avezado microscopista.

Durante este período de mis trabajos, en el que sometí a la acción de mis lentes especímenes de cualquier sustancia que se me pusiera ante la vista, me convertí en un descubridor…, a pequeña escala, es cierto, porque era muy joven, pero un descubridor pese a todo. Fui yo quien destruyó la teoría de Ehrenberg de que el *Volvox globator* era un animal, y probé que sus «mónadas» con estómagos y ojos eran meras fases en la formación de una célula vegetal, y que, cuando alcanzaban su estado

de madurez, eran incapaces del acto de conjugación, o de cualquier otro acto generativo, sin el cual ningún organismo que se alce hasta un estado de vida superior al vegetal puede decirse que es completo. Fui yo quien resolvió el singular problema de rotación en las células y filamentos de las plantas a través de la atracción ciliar, pese a las afirmaciones de Wenham y otros de que mis explicaciones eran el resultado de una ilusión óptica.

Pero, pese a esos descubrimientos, laboriosa y dolorosamente realizados, me sentía horriblemente insatisfecho. A cada paso me veía detenido por la imperfección de mis instrumentos. Como todo microscopista activo, daba amplio margen a mi imaginación. De hecho, es una queja común contra muchos de ellos el que suplen los defectos de sus instrumentos con las creaciones de sus cerebros. Imaginé profundidades más allá de las profundidades de la naturaleza que la limitada potencia de mis lentes me prohibía explorar. Permanecía despierto por las noches construyendo imaginarios microscopios de inmensurable potencia, con los que parecía atravesar todas las envolturas de la materia hasta su átomo original. ¡Cómo maldije aquellos imperfectos medios que la necesidad, a

través de la ignorancia, me impulsaba a utilizar! ¡Cómo anhelaba descubrir el secreto de alguna lente perfecta, cuyo poder de amplificación se viera limitado solamente por la resolución del objeto, y que al mismo tiempo se viera libre de las aberraciones esféricas y cromáticas; en pocas palabras, de todos los obstáculos contra los cuales tropieza constantemente el pobre microscopista! Estaba convencido de que el microscopio simple, compuesto por una sola lente de una potencia tan enorme como perfecta, era posible de construir. Intentar llevar a tal perfección el microscopio compuesto hubiera sido comenzar por el lado equivocado; puesto que este último era simplemente un remedio que solo había conseguido un éxito parcial en remediar los mismos defectos que el instrumento simple, el cual, si era plenamente conquistado, no dejaría nada que desear.

Fue en este estado mental que me convertí en un constructor de microscopios. Tras pasar otro año en este nuevo empeño, experimentando con cualquier sustancia imaginable —vidrio, gemas, pedernal, cristales, cristales artificiales formados por la aleación de varios materiales vítreos—, en pocas palabras, tras construir tantas variedades de lentes como ojos tenía Argos, me

hallé exactamente allá donde había empezado, sin haber conseguido nada excepto un extenso conocimiento en la fabricación de cristales. Casi morí de desesperación. Mis padres estaban sorprendidos por mi aparente falta de progresos en mis estudios médicos (no había asistido ni a una sola clase desde mi llegada a la ciudad), y los gastos de mi loca búsqueda habían sido tan grandes como para ponerme en serias dificultades.

Fue en esta situación cuando un día, mientras estaba experimentando en mi laboratorio con un pequeño diamante —esa piedra, por su gran poder de refracción, siempre había ocupado mi atención más que ninguna otra—, un joven francés, que vivía en el piso encima del mío, y que me visitaba ocasionalmente, entró en la habitación.

Creo que Jules Simón era judío. Tenía muchos rasgos del carácter hebreo: amor a las joyas, a los vestidos y al buen vivir. Había algo misterioso en él. Siempre tenía algo que vender, y, sin embargo, se codeaba con la sociedad más excelente. Cuando digo vender, quizá debería decir buhonear, porque sus operaciones estaban generalmente limitadas a la disposición de unos artículos

determinados: un cuadro, por ejemplo, o una rara talla en marfil, o un par de pistolas de duelo, o el traje de un caballero mexicano. Cuando estaba amueblando mis aposentos, me hizo una visita, que terminó con la compra por mi parte de una antigua lámpara de plata, que me aseguró era de Cellini, era lo bastante hermosa como para serlo, y algunas otras bagatelas para mi sala de estar. Por qué Simón seguía con ese comercio insignificante era algo que jamás pude imaginar. Al parecer disponía de dinero más que suficiente, y tenía *entrée* en las mejores casas de la ciudad…, siempre que cuidara, supongo, de no hacer tratos comerciales dentro del encantado círculo de lo más selecto de las clases altas. Finalmente, llegué a la conclusión de que su actividad buhonera no era más que una máscara para ocultar algún objetivo más grande, e incluso llegué tan lejos como a suponer que mi joven conocido estaba implicado en el comercio de esclavos. De todos modos, eso, por supuesto, no era asunto mío.

En aquella ocasión, Simón entró en mi habitación en un estado de considerable excitación.

—*Ah! Mon ami!* —exclamó, antes de que pudiera ofrecerle siquiera mi habitual saludo—, me ha ocurrido

que he sido testigo de las cosas más extraordinarias que puedan producirse en el mundo. Paseo hacia casa de madame… ¿Cómo se llama ese pequeño animal, *le renard*, en latín?

—*Vulpes* —respondí.

—¡Ah, sí!…, *Vulpes*. Paseo hacia casa de madame Vulpes…

—¿La médium espiritista?

—Sí, la gran médium. ¡Por los cielos! ¡Qué mujer! Escribo en una hoja de papel muchas preguntas relativas a asuntos de lo más secreto…, asuntos que se ocultan de la forma más profunda en los abismos de mi corazón; ¡y ve! ¡Por ejemplo! ¿Qué ocurre? Ese demonio de mujer me responde a todos ellos de forma más certera. Me habla de cosas de las que no me gusta hablar ni conmigo mismo. ¿Qué debo pensar? ¡Me quedo abrumado, alucinado!

—¿Debo entender, M. Simón, que esa Mrs. Vulpes respondió a preguntas escritas en secreto por usted, preguntas relacionadas a acontecimientos conocidos solo por usted mismo?

—¡Ah! Más que eso, más que eso —respondió, con un cierto aire de alarma—. Me relató cosas que… Pero —añadió tras una pausa, cambiando repentinamente de actitud—, ¿por qué ocuparnos de esas tonterías? Todo es biología, sin duda. No hacía falta decir que no creo en nada de ello… Pero ¿por qué estamos aquí, *mon ami?* Ha ocurrido que he descubierto la cosa más hermosa que pueda usted imaginar…, un vaso con lagartos verdes en él, compuesto por el gran Bernard Palissy. Está en mi apartamento; subamos. Se lo mostraré.

Seguí mecánicamente a Simón, pero mis pensamientos estaban muy lejos de Palissy y su cerámica esmaltada, pese a que yo, como él, me hallaba sondeando la oscuridad en busca de un gran descubrimiento. Su mención casual de la espiritista, madame Vulpes, me había puesto ante un nuevo sendero. ¿Y si el espiritismo fuera realmente un gran hecho? ¿Y si, a través de la comunicación con organismos más sutiles que el mío, pudiera alcanzar de un solo salto mi objetivo, que quizás una vida de agónico trabajo mental jamás me permitiera alcanzar?

Mientras compraba el jarrón de Palissy a mi amigo Simón, estaba preparando mentalmente una visita a madame Vulpes.

III

EL ESPÍRITU DE LEEUWENHOEK

Dos noches después de esto, gracias a una cita por carta y la promesa de un generoso pago, encontré a madame Vulpes aguardándome a solas en su residencia. Era una mujer de rasgos toscos, con unos ojos oscuros intensos y casi crueles, y una expresión extraordinariamente sensual en su boca y mandíbula. Me recibió en perfecto silencio, en un apartamento de la planta baja, muy escasamente amueblado. En el centro de la habitación, cerca de donde se sentaba Mrs. Vulpes, había una mesa común, redonda, de caoba. Si hubiera acudido a limpiar su chimenea, la mujer no hubiera examinado mi apariencia con una indiferencia mayor. No había el menor intento de inspirar sorpresa, maravilla o temor al visitante. Todo tenía un aspecto sencillo y práctico. Aquella relación con el mundo espiritual era evidentemente una ocupación tan familiar para Mrs. Vulpes como cenar o subir a un ómnibus.

—¿Viene para una comunicación, Mr. Linley? —preguntó la médium, en un tono de voz seco y comercial.

—Tengo una cita…, sí.

—¿Qué tipo de comunicación desea? ¿Escrita?

—Sí. Deseo una comunicación escrita.

—¿De algún espíritu en particular?

—Sí.

—¿Ha conocido usted alguna vez a ese espíritu en este mundo?

—Nunca. Murió mucho antes de que yo naciera. Simplemente deseo obtener de él una cierta información, que él tiene que hallarse en mejores condiciones de darme que cualquier otro.

—Siéntese junto a la mesa, Mr. Linley —dijo la médium—, y coloque sus manos sobre ella.

Obedecí, con Mrs. Vulpes sentada frente a mí, con sus manos también sobre la mesa. Llevábamos así durante

casi un minuto y medio cuando se produjo una violenta sucesión de golpes sobre la mesa, en el respaldo de mi silla, en el suelo inmediatamente debajo de mis pies, e incluso en los cristales de las ventanas. Mrs. Vulpes sonrió serenamente.

—Son muy fuertes esta noche —observó—. Es usted afortunado. —Luego prosiguió—: ¿Querrán los espíritus comunicarse con este caballero?

Una vigorosa afirmación.

—¿Deseará hablar con su comunicante el espíritu en particular que él desea?

Una sucesión muy confusa de golpes siguió a esa pregunta.

—Sé lo que quieren decir —indicó Mrs. Vulpes, dirigiéndose a mí—. Desean que escriba usted el nombre del espíritu en particular con quien quiere conversar. ¿Es eso? —añadió, hablando a sus invisibles invitados.

Que era eso resultó evidente por las numerosas respuestas afirmativas. Mientras ocurría todo esto,

yo arranqué una hoja de papel de mi bloc de notas, y garabateé un nombre debajo de la mesa.

—¿Querrá ese espíritu comunicarse por escrito con este caballero? —preguntó una vez más la médium.

Tras una momentánea pausa, su mano pareció ser atacada por un violento temblor, agitándose con tal fuerza que la mesa vibró. Dijo que el espíritu se había apoderado de su mano y que deseaba escribir. Le tendí algunas hojas de papel que había sobre la mesa y un lápiz. Sujetó blandamente este último con la mano, que a los pocos instantes empezó a moverse sobre el papel con un movimiento singular y aparentemente involuntario. Al cabo de unos momentos, me tendió el papel, en el que descubrí escrito, con una letra grande y poco cultivada, las palabras: «Él no está aquí, pero ha sido enviado a buscar». Transcurrió una nueva pausa de uno o dos minutos, durante los cuales Mrs. Vulpes guardó un perfecto silencio, aunque los golpes prosiguieron a intervalos regulares. Cuando hubo transcurrido el corto período que he mencionado, la mano de la médium se vio de nuevo afectada por el convulsivo temblor, y escribió, bajo aquella extraña influencia, unas palabras sobre el papel, que me tendió. Decían: «Estoy aquí. Pregúnteme. Leeuwenhoek».

Quedé alucinado. El nombre era idéntico al que yo había escrito debajo de la mesa, y que había mantenido cuidadosamente oculto. Era absolutamente improbable que una mujer poco cultivada como Mrs. Vulpes conociera siquiera el nombre del gran padre de la microscopía. Puede que se tratara de biología, pero esta teoría estaba condenada a verse pronto destruida. Escribí en mi hoja —manteniéndola oculta de Mrs. Vulpes— una serie de preguntas, que, para evitar hacerme tedioso, situaré aquí junto con sus respectivas respuestas, en el mismo orden en que se produjeron.

Yo— ¿Puede el microscopio ser llevado hasta la perfección?

Espíritu— Sí.

Yo— ¿Estoy destinado a realizar esta gran tarea?

Espíritu— Lo estás.

Yo— Desearía saber cómo debo proceder para alcanzar este fin. Por el amor que sientes hacia la ciencia, ¡ayúdame!

Espíritu— Un diamante de ciento cuarenta quilates, sometido a corrientes electromagnéticas durante un largo período de tiempo, experimentará una redisposición de sus átomos *inter se*, y a partir de esa piedra formarás la lente universal.

Yo— ¿Resultarán grandes descubrimientos de la utilización de esa lente?

Espíritu— Tan grandes que todo lo que se ha descubierto antes no será nada.

Yo— Pero la potencia refractora del diamante es tan inmensa que la imagen será formada dentro de la lente. ¿Cómo superar esa dificultad?

Espíritu— Perfora la lente a través de su eje, y la dificultad será obviada. La imagen se formará en el espacio perforado, el cual servirá como un tubo a través del cual mirar. Me llaman. Buenas noches.

No puedo describir el efecto que esa extraordinaria comunicación tuvo sobre mí. Me sentí absolutamente abrumado. Ninguna teoría biológica podía explicar el descubrimiento de la lente. La médium podía, por

medio de una relación biológica con mi mente, haber ido hasta tan lejos como leer mis preguntas, y responder coherentemente a ellas. Pero la biología no le permitía descubrir el que las corrientes magnéticas alterarían de tal forma los cristales del diamante como para remediar sus anteriores defectos, y permitir luego ser pulido en una lente perfecta. Alguna teoría así puede que hubiese pasado por mi cabeza, es cierto; pero en cualquier caso la había olvidado por completo. En mi excitada condición mental no me quedaba más que pasar a ser un converso más, y fue en un estado de dolorosa exaltación nerviosa que abandoné la casa de la médium aquella noche. Me acompañó hasta la puerta, esperando que hubiera quedado satisfecho. Los golpes nos siguieron mientras cruzábamos el vestíbulo, sonando en los balaustres, el suelo, e incluso en el dintel de la puerta. Expresé apresuradamente mi satisfacción, y escapé a toda prisa al frío aire de la noche. Caminé hasta mi casa poseído por un solo pensamiento: cómo obtener un diamante del inmenso tamaño requerido. Todos mis medios, multiplicados cien veces, no serían suficientes para adquirir una piedra así. Además, tales gemas son raras, y suelen ser consideradas históricas. Jamás podría encontrar una a menos que acudiera a las realezas orientales o europeas.

IV

EL OJO DE LA MAÑANA

Había luz en la habitación de Simón cuando entré en mi casa. Un vago impulso me animó a visitarle. Cuando abrí la puerta de su sala de estar sin anunciarme, estaba inclinado, de espaldas a mí, junto a una lámpara de sobremesa, al parecer examinando minuciosamente algún objeto que tenía en las manos. Cuando entré se sobresaltó, se metió apresuradamente la mano en el bolsillo, y se volvió hacia mí con el rostro enrojecido por la confusión.

—¡Hey! —exclamé—, ¿contemplando la miniatura de alguna hermosa dama? Oh, no enrojezca; no voy a pedirle que me la muestre.

Simón rio torpemente, pero no profirió ninguna de las habituales protestas negativas que esgrimía en tales ocasiones. Me dijo que tomara asiento.

—Simón —dije—, vengo de casa de madame Vulpes.

Esta vez Simón se puso tan blanco como una hoja de papel, y pareció estupefacto, como si hubiera sido golpeado por un repentino *shock* eléctrico. Balbuceó algunas palabras incoherentes, y se dirigió a toda prisa hacia un pequeño armario donde normalmente guardaba sus licores. Aunque sorprendido por su emoción, me hallaba demasiado preocupado con mis propias ideas como para prestar mucha atención a ninguna otra cosa.

—Dijo usted la verdad cuando afirmó que madame Vulpes es un diablo de mujer —proseguí—. Simón, me dijo cosas maravillosas esta noche, o más bien fue el medio a través del cual alguien me dijo cosas maravillosas. ¡Ah, si solo pudiera conseguir un diamante que pesara ciento cuarenta quilates!

Apenas el suspiro con el que pronuncié este deseo murió en mis labios, cuando Simón, con el aspecto de un animal enjaulado, me miró salvajemente y, corriendo hacia la repisa de la chimenea, sobre la que colgaban algunas armas extranjeras, cogió un cris malayo y lo blandió furiosamente ante mí.

—*No!* —gritó en francés, al que siempre cambiaba cuando estaba excitado—. ¡No! ¡No lo conseguirá! ¡Es usted pérfido! ¡Ha consultado con ese demonio, y ahora desea mi tesoro! ¡Pero antes moriré! ¡Yo! ¡Soy valiente! ¡No me causa usted miedo!

Todo aquello, pronunciado con una voz fuerte que temblaba con la excitación, me desconcertó. Vi de inmediato que, accidentalmente, había pisado los bordes del secreto de Simón, fuera cual fuese. Necesitaba tranquilizarle.

—Mi querido Simón —dije—, no sé en absoluto a qué se refiere. Acudí a madame Vulpes para consultar con ella un problema científico, para solucionarlo descubrí que era necesario un diamante del tamaño que acabo de mencionar. Usted no fue aludido en ningún momento durante la sesión, y, en lo que a mí respecta, ni siquiera pensé en usted en ningún momento. ¿Cuál es el significado de este arranque? Si resulta que posee usted una colección de valiosos diamantes, no tiene que temer nada de mí. No puede poseer el diamante que necesito, porque, si lo poseyera, no estaría viviendo aquí.

Algo en mi tono debió tranquilizarle por completo, ya que su expresión cambió inmediatamente a una especie de refrenado regocijo, combinado, sin embargo, con una cierta atención suspicaz a mis movimientos. Se echó a reír, y dijo que debía disculparle; que en ciertas ocasiones se veía presa de una especie de vértigo, que le traicionaba con un modo de hablar incoherente, y que esos ataques desaparecían tan rápidamente como habían venido. Echó a un lado su arma mientras me ofrecía esta explicación, y consiguió, con un cierto éxito, adoptar un aire más alegre.

Nada de aquello me impresionó en absoluto. Estaba demasiado acostumbrado al trabajo analítico como para dejarme engañar por un velo tan tenue. Decidí sondear el misterio hasta el final.

—Simón —dije gravemente—, olvidemos todo esto delante de una buena botella de borgoña. Tengo abajo una caja de Clos Vougeot de Lausseure, de fragante aroma y que retiene aún toda la luz del sol de la Cote d’Or. Bebamos un par de botellas. ¿Qué me dice de ello?

—Con todo mi corazón —respondió Simón, sonriendo.

Fui a buscar el vino, y nos sentamos a beberlo. Era de una cosecha famosa, la de 1848, un año en el que guerra y vino medraron juntos…, y su puro pero poderoso efecto pareció impartir una renovada vitalidad a nuestros sistemas. Cuando íbamos por la mitad de la segunda botella, la cabeza de Simón, que yo sabía que era débil, había empezado a ceder, mientras que yo permanecía calmado como siempre, solo que cada nuevo sorbo parecía enviar un flujo de renovado vigor a mis miembros. El modo de hablar de Simón empezó a hacerse más y más indistinto. Se puso a cantar *chansons* francesas de una tendencia no demasiado moral. Yo me levanté de pronto de la mesa, justo a la conclusión de una de aquellas incoherentes estrofas, y, clavando mis ojos en él con una tranquila sonrisa, dije:

—Simón, le he engañado. Esta tarde he sabido su secreto. Será mejor que sea franco conmigo. Mrs. Vulpes, o más bien uno de sus espíritus, me lo contó todo.

Se sobresaltó, horrorizado. Su embriaguez pareció desaparecer por un instante, e hizo un movimiento hacia el arma que había dejado hacía un rato. Lo detuve con una mano.

—¡Monstruo! —exclamó apasionadamente—. ¡Estoy arruinado! ¿Qué voy a hacer? ¡Nunca lo conseguirá! ¡Lo juro por mi madre!

—No lo deseo —dije—; tranquilícese, pero sea franco conmigo. Hábleme de ello.

La embriaguez empezó a regresar. Protestó con llorosa ansiedad, diciendo que yo estaba completamente equivocado…, que era yo el que estaba borracho; luego que pidió que le jurara eterno secreto, prometió revelarme el misterio. Me sometí a todo, por supuesto. Con una expresión intranquila en los ojos y las manos temblorosas por la bebida y el nerviosismo, extrajo una cajita de su bolsillo y la abrió. ¡Cielos! ¡Cómo centelleó la suave luz de la lámpara, descomponiéndose en un millar de flechas prismáticas, cuando incidió sobre el enorme diamante rosa que brillaba en la cajita! Nunca he sido un juez en lo que a diamantes se refiere, pero vi al primer golpe de vista que aquella era una gema de raro tamaño y pureza. Miré a Simón con maravilla y —¿debo confesarlo?— envidia. ¿Cómo podía haber obtenido él aquel tesoro? En respuesta a mis preguntas, solo pude deducir de sus ebrias afirmaciones (de las cuales,

supongo, la mitad de la coherencia era solo afectada) que había sido capataz de un grupo de esclavos dedicados al lavado de diamantes en el Brasil; que había visto a uno de ellos ocultar un diamante, pero que, en vez de informar a sus patronos, había vigilado discretamente al negro hasta que le vio enterrar su tesoro; que lo había desenterrado y había huido con su botín, pero que aún temía disponer públicamente de él —una gema tan valiosa atraería seguramente demasiado la atención de sus anteriores patronos—, y que no había sido capaz de descubrir ninguno de los oscuros canales a través de los cuales pueden venderse tales cosas con seguridad. Añadió que, de acuerdo con la práctica oriental, había bautizado su diamante con el extravagante nombre de «El ojo de la mañana».

Mientras Simón me relataba todo aquello, yo contemplaba atentamente el gran diamante. Nunca había visto nada tan hermoso. Todas las glorias de la luz, jamás imaginadas o descritas, parecían pulsar en sus cámaras cristalinas. Su peso, supe por Simón, era exactamente ciento cuarenta quilates. Era una sorprendente coincidencia. La mano del destino parecía estar en ella. ¡La misma noche en que el espíritu de Leeuwenhoek

me comunicaba el gran secreto del microscopio, el inapreciable medio que me había indicado que debía emplear aparecía a mi alcance! Decidí, con la más perfecta deliberación, apoderarme del diamante de Simón.

Me senté delante de él mientras agitaba su cabeza sobre el precioso cristal, y decidí calmadamente todo el asunto. Ni por un instante contemplé un acto tan estúpido como un robo común, que por supuesto sería descubierto, o al menos me obligaría a huir y esconderme, todo lo cual interferiría con mis planes científicos. Solo había un paso que podía dar…, matar a Simón. Después de todo, ¿qué era la vida de un pequeño judío insignificante, en comparación con el interés de la ciencia? Cada día los cirujanos toman seres humanos de entre los condenados a prisión para experimentar con ellos. Este hombre, Simón, era por confesión propia un criminal, un ladrón, y creía, dentro de mí, también un asesino. Merecía tanto la muerte como cualquier felón condenado por la ley; ¿por qué no podía yo, como el Gobierno, hacer que su castigo contribuyera al progreso del conocimiento humano?

El medio de conseguir todo lo que deseaba se hallaba a mi alcance. Sobre la repisa de la chimenea reposaba una

botella medio llena de láudano francés. Simón estaba tan ocupado con el diamante, que yo acababa de devolverle, que no presentó ninguna dificultad drogar su copa. Al cuarto de hora estaba sumido en un profundo sueño.

Abrí entonces su chaleco, tomé el diamante del bolsillo interior en el que lo había metido, y lo trasladé a la cama. Cogí el cris malayo, que sujeté en mi mano derecha, mientras con la otra hallaba tan exactamente como me fue posible por las pulsaciones la localización exacta de su corazón. Era esencial que todos los aspectos de su muerte condujeran a la suposición de un suicidio. Calculé el arco exacto con el que probablemente entraría el arma en su pecho si estuviera manejada por el propio Simón; luego, con un poderoso golpe, la hundí hasta la empuñadura en el lugar exacto donde deseaba que penetrara. Un estremecimiento convulsivo agitó los miembros de Simón. Oí un blando sonido escapar de su garganta, igual al estallido de una gran burbuja de aire emitida por un buceador cuando alcanza la superficie del agua; se volvió a medias de costado y, como si deseara ayudarme en mis planes, su mano derecha, movida por algún impulso meramente espasmódico, aferró el mango del cris, que siguió sosteniendo con una extraordinaria

tenacidad muscular. Aparte de esto, no hubo ningún otro debatir aparente. El láudano, supongo, paralizó la habitual acción nerviosa. Debió morir instantáneamente.

Todavía quedaba algo por hacer. Para asegurarme de que toda sospecha del acto derivara de cualquier habitante de la casa al propio Simón, era necesario que por la mañana la puerta fuera hallada cerrada por dentro. ¿Cómo conseguir esto y luego escapar? No por la ventana; aquello era una imposibilidad física. Además, estaba decidido a que las ventanas fueran halladas también cerradas por dentro. La solución resultó bastante simple. Descendí silenciosamente a mi propia habitación en busca de un instrumento en particular que había utilizado a menudo para manejar pequeñas sustancias resbaladizas, como pequeñas esferas de cristal, etc. Este instrumento no era más que unas largas y delgadas pinzas, con un gran poder de agarre y que permitían hacer una considerable palanca. Nada más sencillo que, cuando la llave estuviera en la cerradura, sujetar desde fuera el extremo con sus puntas, a través del agujero de la cerradura, y así cerrar la puerta. Previamente a hacer esto, sin embargo, quemé un cierto número de papeles en la chimenea de Simón. Los suicidas siempre queman

algunos papeles antes de matarse. También vacié un poco más de láudano en la copa de Simón —tras borrar de ella todo rastro de vino—, limpié la otra copa, y me llevé conmigo las dos botellas. Si se hallaban huellas de que dos personas habían estado bebiendo en la habitación, lógicamente se suscitaría la pregunta: ¿quién era la otra? Además, las botellas de vino podrían ser identificadas como mías. El láudano lo dejé en la copa para justificar su presencia en su estómago, en caso de un examen *post mórtem*. Naturalmente, la teoría sería que primero había intentado envenenarse, pero que, tras beber un poco de la droga, se habría sentido disgustado por su sabor o habría cambiado de opinión por otros motivos, y habría elegido la daga. Una vez hechos todos estos arreglos, salí, dejando el gas encendido, cerré la puerta con mis pinzas, y me fui a la cama.

La muerte de Simón no fue descubierta hasta casi las tres de la tarde. El sirviente, sorprendido al ver el gas encendido cuya luz brotaba al oscuro descansillo por debajo de la puerta, había mirado por el agujero de la cerradura y había visto a Simón en la cama. Dio la alarma. La puerta fue forzada, y lodo el vecindario fue presa de una fiebre de excitación.

Todo el mundo en la casa fue arrestado, incluido yo. Hubo una encuesta; pero no pudo obtenerse ningún indicio de su muerte más allá del suicidio. Curiosamente, la semana anterior Simón había hablado con algunos de sus amigos de una forma tal que parecía casi al borde de la autodestrucción. Un caballero juró que Simón había dicho en su presencia que «estaba cansado de la vida». Su casero afirmó que Simón, cuando le había pagado la renta aquel último mes, había observado que «no iba a seguir pagándole mucho tiempo más». Todas las demás pruebas encajaban con la teoría del suicidio: la puerta cerrada por dentro, la posición del cadáver, los papeles quemados. Como había anticipado, nadie sabía nada de la posesión del diamante por parte de Simón, por lo que no había ningún motivo para su asesinato. El jurado, tras un prolongado examen del caso, emitió el veredicto habitual, y el vecindario siguió de nuevo su vida acostumbrada.

V

ANIMULA

Los tres meses siguientes a la catástrofe de Simón los dediqué día y noche a mi lente de diamante. Construí una enorme pila galvánica, compuesta por cerca de dos mil pares de placas…, no me atrevía a utilizar más potencia por temor a que el diamante resultara calcinado. A través de su enorme motor conseguía enviar constantemente una poderosa corriente eléctrica a través de mi gran diamante, el cual me parecía que ganaba en lustre cada día. Al terminar el mes comencé el modelado y pulido de la lente, un trabajo de intensa concentración y exquisita delicadeza. La gran densidad de la piedra, y el cuidado requerido por la curvatura de las superficies de la lente, convertían el trabajo en lo más delicado y difícil que hubiera emprendido nunca.

Finalmente, llegó el ansiado momento: la lente estaba completa. Yo me hallaba de pie, tembloroso, en el

umbral de nuevos mundos. Tenía ante mí la realización del famoso deseo de Alejandro. La lente estaba sobre la mesa, lista para ser coloca da en su plataforma. Mi mano tembló ligeramente cuando envolví una gota de agua con una delgada capa de aceite de trementina, como preparación para su examen…, un proceso necesario a fin de impedir la rápida evaporación del agua. Luego coloqué la gota sobre una delgada capa de cristal bajo la lente y, arrojando sobre ella, con la ayuda combinada de un prisma y un espejo, un potente rayo de luz, acerqué mi ojo al diminuto agujero perforado a través del eje de la lente. Por un instante no vi nada excepto lo que parecía ser un caos iluminado, un enorme abismo luminoso. Una pura luz blanca, nítida y serena, y al parecer tan ilimitada como el propio espacio, fue mi primera impresión. Suavemente, y con el mayor cuidado, hundí en la lente apenas unos pocos grosores de cabello. La maravillosa iluminación siguió aún, pero, a medida que la lente se aproximaba al objeto, una escena de indescriptible belleza se desplegó ante mi vista.

Parecía estar contemplando un enorme espacio, cuyos límites se extendían mucho más allá de mi visión. Una atmósfera de mágica luminosidad permeaba todo el

campo visual. Me quedé sorprendido al no ver ningún rastro de vida animálcula. Al parecer, nada vivo habitaba aquella aturdidora extensión. Comprendí al instante que, gracias al maravilloso poder de mi lente, había penetrado más allá de las partículas más groseras de la materia acuosa, más allá del reino de los infusorios y protozoos, descendiendo hasta el glóbulo gaseoso original, cuyo luminoso interior estaba atisbando, como si mirara dentro de un domo ilimitado lleno con una radiación sobrenatural. Sin embargo, lo que miraba no era un brillante vacío. Por todos lados atisbaba hermosas formas inorgánicas, de textura desconocida, coloreadas con los tonos más encantadores. Esas formas presentaban una apariencia que podría ser denominada, a falta de una definición más específica, nubes foliadas de la más extremada rareza, es decir, ondulaban y se quebraban en formaciones vegetales, y estaban teñidas con esplendores ante los cuales el oropel de nuestros bosques otoñales es puro plomo comparado con el oro. Extendiéndose hasta muy lejos a través de aquella ilimitada distancia había largas avenidas de aquellos bosques gaseosos débilmente transparentes, y teñidos con tonos prismáticos de inimaginable brillo. Las colgantes ramas oscilaban a lo largo de los fluidos claros hasta que la visión parecía

recoger interminables hileras de multicolores y sedosos estandartes. Lo que parecían ser frutos o flores, pintados con un millar de tonalidades, lustrosos y siempre variantes, burbujeaban en las copas de aquel encantado follaje. No se veían colinas, ni lagos, ni ríos, ninguna forma animada o inanimada, excepto aquellos enormes sotos aurorales que flotaban serenamente en la luminosa quietud, con hojas y frutos y flores que resplandecían con fuegos desconocidos que la imaginación era incapaz de abarcar.

¡Qué extraño, pensé, que aquella esfera debiera estar condenada de aquel modo a la soledad! Había esperado, al menos, descubrir alguna nueva forma de vida animal —quizá de una clase más inferior que cualquier otra que hubiera examinado hasta entonces—, pero, pese a todo, algún organismo vivo. Descubrí que mi recién descubierto mundo, si puedo denominarlo así, era un hermoso desierto cromático.

Mientras estaba especulando sobre las singulares disposiciones de la economía interna de la naturaleza, que tan frecuentemente reduce a átomos nuestras más compactas teorías, creí divisar una forma que se movía

lentamente a través de los claros de uno de los bosques prismáticos. Miré más atentamente, y descubrí que no me había equivocado. Las palabras no pueden reflejar la ansiedad con la que aguardé a que aquel misterioso objeto se aproximara. ¿Era simplemente alguna sustancia inanimada, mantenida en suspensión en la atenuada atmósfera del glóbulo? ¿O era un animal provisto de vitalidad y movimiento? Se aproximó, como aleteando detrás de los coloreados velos del nuboso follaje, dejándose ver imprecisamente por unos segundos, luego desvaneciéndose. Al final, los estandartes violeta que colgaban más cerca de mí vibraron, fueron echados suavemente hacia un lado, y la «forma» flotó a plena luz.

Era una forma humana, femenina. Cuando digo «humana», quiero decir que poseía la silueta de la humanidad…, pero ahí termina la analogía. Su adorable belleza la alzaba a alturas ilimitadas más allá de la más encantadora hija de Adán.

No puedo, no me atrevo, a intentar inventariar los encantos de aquella divina revelación de una belleza perfecta. Aquellos ojos de un violeta místico, virginales y serenos, eluden mis palabras. El largo y lustroso pelo

que coronaba su gloriosa cabeza con una estela de oro, como el rastro que surca en los cielos una estrella fugaz, hace palidecer mis más ardientes frases con su esplendor. Si todas las abejas de Hybla anidaran en mis labios, seguirían cantando toscamente las maravillosas armonías de la silueta que enmarcaba su forma.

Apareció por entre las cortinas arcoíris de los nubosos árboles al amplio mar de luz que se extendía más allá. Sus movimientos eran los de una graciosa náyade, hendiendo, con un simple esfuerzo de su voluntad, las claras y tranquilas aguas que llenan las cámaras del mar. Flotó hacia delante con la serena gracia de una frágil burbuja ascendiendo por la tranquila atmósfera de un día de junio. La perfecta redondez de sus miembros formaba suaves y encantadoras curvas. Observar el armonioso fluir de sus líneas era como escuchar la más espiritual de las sinfonías de Beethoven, el divino. Se trataba, de hecho, de un placer cuya contemplación resultaba barata a cualquier precio. Deseé poder cruzar el umbral de aquella maravilla aunque ello significara sumirme en otra sangre completamente distinta. Hubiera dado todo lo que me hubieran pedido con tal de gozar personalmente de un momento así de exaltación y deleite.

Conteniendo el aliento mientras contemplaba aquella encantadora maravilla, y olvidando por un instante todo excepto su presencia, aparté ansiosamente mi ojo del microscopio y…, ¡ay! ¡Cuando mi mirada cayó sobre la delgada platina depositada debajo del instrumento, la brillante luz de espejo y prisma se convirtieron en una incolora gota de agua! Así pues, en aquella pequeña cuenta de rocío estaba aprisionado para siempre mi hermoso ser. El planeta Neptuno no estaba más distante de mí que ella. Me precipité una vez más a aplicar mi ojo al microscopio.

Animula (déjenme llamarla con este querido nombre que más tarde le adjudiqué) había cambiado de posición. Se había acercado de nuevo al maravilloso bosque, y estaba mirando concentradamente hacia arriba. Finalmente, uno de los árboles —como debo llamarlos— desplegó un largo proceso ciliar, por el cual agarró uno de los resplandecientes frutos que brillaban en su copa y, bajándolo lentamente, lo tendió al alcance de Animula. La sílfide lo tomó en su delicada mano y empezó a comerlo. Mi atención estaba tan absolutamente absorta en ella que no pude dedicarme a la tarea de determinar si aquella singular planta poseía o no volición.

La observé con la más profunda atención mientras comía.

La sinuosidad de sus movimientos envió un estremecimiento de placer a través de todo mi cuerpo; mi corazón latió locamente cuando ella volvió sus hermosos ojos en dirección al punto desde donde yo miraba. ¡Lo que hubiera dado en aquellos momentos por tener el poder de precipitarme a aquel océano luminoso, y flotar con ella a través de aquellos bosquecillos púrpura y oro! Mientras seguía así, con el aliento contenido, siguiendo todos sus movimientos, se sobresaltó de pronto, pareció escuchar por un momento y luego, horadando el brillante éter en el que flotaba, como un destello de luz, atravesó el bosque opalino y desapareció.

Instantáneamente me vi asaltado por una serie de emociones de lo más singular. Pareció como si repentinamente me hubiera vuelto ciego. La esfera luminosa estaba aún delante de mí, pero mi luz diurna se había desvanecido. ¿Qué había causado aquella repentina desaparición? ¿Tenía ella algún amante o esposo? ¡Sí, esa era la explicación! Alguna señal de algún feliz consorte había vibrado a través de las sendas del bosque, y ella había obedecido a la llamada.

La agonía de mis sensaciones, cuando llegué a esa conclusión, me sorprendió. Intenté rechazar la convicción que mi razón intentaba hacerme admitir. Luché contra la fatal conclusión…, pero en vano. Las cosas eran así. No podía escapar de ellas. ¡Amaba a un animálculo!

Es cierto que, gracias al maravilloso poder de mi microscopio, ella aparecía ante mí con proporciones humanas. En vez de presentar el desagradable aspecto de las criaturas más toscas, que viven y luchan y mueren en las más fácilmente detectables porciones de la gota de agua, ella era etérea y delicada y de una belleza exquisita. ¿Pero cómo era eso así? Cada vez que apartaba mi ojo del instrumento, mi mirada caía sobre una miserable gota de agua, dentro de la cual, debía contentarme con saber, moraba todo aquello que podía hacer mi vida feliz.

¡Si ella pudiera verme, aunque solo fuera una vez! Si pudiera por un momento atravesar las místicas paredes que tan inexorablemente se alzaban para separarnos, y susurrar todo lo que llenaba mi alma, me sentiría satisfecho para el resto de mi vida con el conocimiento de su remota simpatía. Sería algo que establecería aunque fuera el más débil lazo personal que nos

uniría…, ¡el saber que a veces, cuando vagabundeara por entre aquellos encantados claros, tal vez pensara en el maravilloso extraño que había roto la monotonía de su vida con su presencia y había dejado un gentil recuerdo en su corazón!

Pero no podía ser. Ningún invento del que fuera capaz el intelecto humano era capaz de romper las barreras que había erigido la naturaleza. Podía llenar mi alma con su maravillosa belleza, pero ella permanecería para siempre ignorante de los adoradores ojos que día y noche la contemplaban y, cuando se cerraban, la veían en sueños. Con un amargo grito de angustia, huí de la habitación y, dejándome caer en mi lecho, sollocé hasta quedarme dormido como un niño.

VI

LA GOTA QUE HACE REBOSAR EL VASO

Desperté a la mañana siguiente casi al despuntar el alba, y corrí a mi microscopio. Temblaba cuando convoqué el luminoso mundo en miniatura que contenía todos mis anhelos. Animula estaba allí. Había dejado la lámpara de gas, rodeada por sus moderadores, encendida, cuando me fui a la cama la noche antes. Encontré a la sílfide bañándose, con una expresión de placer animando sus rasgos, a la brillante luz que la rodeaba. Echó su lustroso pelo dorado sobre sus hombros con inocente coquetería. Estaba tendida en el medio transparente, en el que se sostenía con facilidad, y retozaba con la misma gracia encantadora que la ninfa Salmacis debió exhibir cuando intentaba conquistar a la tímida Hermafrodita. Intenté un experimento para comprobar si sus poderes de reflexión estaban desarrollados. Disminuí considerablemente el brillo de la lámpara. A la penumbrosa luz que quedó, pude ver que una expresión de dolor aleteaba en su

rostro. Miró repentinamente hacia arriba, y su ceño se contrajo. Inundé de nuevo la platina del microscopio a toda luz, y su expresión cambió de nuevo. Saltó hacia delante como una sustancia desprovista de todo peso. Sus ojos resplandecieron y sus labios se agitaron. ¡Ah! Si la ciencia dispusiera de los medios de conducir y reduplicar los sonidos, como hace con los rayos de luz, ¡qué alegres cantos de felicidad hubieran hechizado mis oídos! ¡Qué jubilosos himnos a Adonay hubieran resonado en el iluminado aire!

Ahora comprendía por qué el conde de Gabalis había poblado su místico mundo con sílfides…, hermosos seres, cuyo aliento de vida era radiante fuego, que moraban eternamente en regiones del más puro éter y la más pura luz. El rosacruz había anticipado la maravilla que yo había llevado a la práctica.

Soy incapaz de decir cuánto tiempo duró esa adoración de mi extraña divinidad. Perdí todo sentido del tiempo. Durante todo el día, desde el amanecer y hasta muy adentrada la noche, se me hubiera podido ver mirando a través de aquella maravillosa lente. No vi a nadie, no fui a ningún lado, y apenas me concedí el tiempo suficiente

para comer un poco. Toda mi vida estaba absorta en la contemplación, tan arrobado como si viera a todos los santos de la iglesia romana. A cada hora que pasaba contemplando aquella divina forma se encendía más mi pasión…, ¡una pasión que se veía siempre ensombrecida por la enloquecedora convicción de que, aunque podía contemplarla a voluntad, ella nunca, nunca, podría verme a mí!

Al final, empecé a palidecer y a enflaquecer de tal modo, por falta de descanso y por la continuada observación de mi insano amor y sus crueles condiciones, que decidí hacer un esfuerzo por arrancarme de aquello.

—Vamos —me dije—, todo esto no es más que una fantasía. Tu imaginación ha adornado a Animula con unos encantos que en realidad no posee. Tu alejamiento de la sociedad femenina ha producido en tu mente esta morbosa condición. Compárala con las hermosas mujeres de tu propio mundo, y este falso encantamiento desaparecerá.

Miré por casualidad al montón de periódicos que tenía a un lado. Allá estaba el anuncio de una celebrada *danseuse* que aparecía cada noche en el Niblo's. La

Signorina Caradolce tenía la reputación de ser la mujer más hermosa y más graciosa del mundo. Me vestí de inmediato y fui al teatro.

Se alzó el telón. El habitual semicírculo de hadas con blancos atuendos de muselina formaba, todas ellas apoyadas sobre la punta de su pie derecho, en torno al pintado macizo de flores del telón de fondo donde dormía el príncipe. De pronto, se oye una flauta. Las hadas se sobresaltan. Los árboles se abren, las hadas se apoyan ahora sobre la punta de su pie izquierdo, y entra la reina. Era la Signorina. Saltó hacia delante entre un tronar de aplausos y, sosteniéndose sobre un pie, permaneció como flotando en el aire. ¡Cielos!, ¿aquella era la gran encantadora que había atraído a monarcas a sus pies? ¡Aquellos recios miembros musculosos, aquellas anchas caderas, aquellos cavernosos ojos, aquella sonrisa estereotipada, aquellas mejillas burdamente pintadas! ¿Dónde estaba el sonrosado rubor, los líquidos ojos expresivos, los armoniosos miembros de Animula?

La Signorina bailó. ¡Aquellos torpes movimientos discordantes! El juego de sus miembros era completamente falso y artificial. Sus saltos eran dolorosos esfuerzos

atléticos; sus poses eran angulares y molestaban al ojo. No pude soportarlo más; con una exclamación de disgusto que atrajo sobre mí todas las miradas, me levanté de mi asiento en medio mismo del *pas-de-fascination* de la Signorina y abandoné bruscamente la sala.

Me apresuré a volver a casa para festejar una vez más mis ojos con las encantadoras formas de mi sílfide. Sentí que a partir de aquel momento iba a ser imposible combatir aquella pasión. Apliqué mi ojo a la lente. Animula estaba allí…, pero ¿qué podía haber ocurrido? Algún terrible cambio parecía haber tenido lugar durante mi ausencia. Algún secreto pesar parecía nublar los encantadores rasgos cuando miré hacia ella. Su rostro era más delgado y parecía como extraviado; sus miembros se arrastraban pesadamente; el maravilloso lustre de su dorado pelo se había apagado. ¡Estaba enferma! ¡Enferma…, y yo no podía ayudarla! Creo que en aquel momento hubiera renunciado de buen grado a todos los derechos humanos que me correspondían por nacimiento a cambio de poder ser disminuido al tamaño de un animálculo, y serme permitido consolarla del destino del que me veía para siempre separado.

Estrujé mi cerebro en busca de la solución a aquel misterio. ¿Qué era lo que afligía a la sílfide? Parecía sufrir un intenso dolor. Sus rasgos se contrajeron, e incluso se encogió, como presa de alguna agonía interna. Los maravillosos bosques parecían haber perdido también la mitad de su belleza. Sus tonalidades eran apagadas y, en algunos lugares, habían desaparecido por completo. Observé durante horas a Animula con el corazón roto, y ella pareció encogerse de una forma absoluta bajo mi mirada. De pronto recordé que no había comprobado la gota de agua desde hacía días. De hecho, odiaba verla, porque me recordaba la barrera natural existente entre Animula y yo. Miré apresuradamente la platina del microscopio. El cristal estaba todavía allí…, ¡pero, por los cielos, la gota de agua había desaparecido! La terrible verdad me invadió; se había evaporado, hasta convertirse en algo tan diminuto que resultaba invisible a simple vista; había estado contemplando su último átomo, aquel que contenía a Animula…, ¡y ella se estaba muriendo!

Me apresuré de nuevo a la lente y miré a su través. ¡Sí, la última agonía ya se había apoderado de ella! Los bosques arcoíris se habían fundido por completo, y Animula

yacía debatiéndose débilmente en lo que parecía ser un punto de imprecisa luz. ¡Ah!, la visión era horrible: los miembros antes tan redondeados y encantadores se reducían a la nada; los ojos —aquellos ojos que brillaban como el cielo— se habían extinguido a un polvo negro; el lustroso pelo dorado se veía ahora lacio y descolorido. Llegó el estremecimiento final. Contemplé aquel último debatirse de la cada vez más ennegrecida forma…, y me desvanecí.

Cuando desperté de mi trance, al cabo de muchas horas, me hallé tendido en medio de la ruina de mi instrumento, con mi mente y mi cuerpo tan destrozados como él. Me arrastré débilmente hasta mi cama, de la que no me levanté durante meses.

Dicen que estoy loco, pero están equivocados. Soy pobre, porque nunca he tenido el valor ni la voluntad para trabajar; he gastado todo mi dinero, y vivo de la caridad. Las asociaciones de jóvenes a los que les gusta divertirse me invitan a que les dé conferencias sobre óptica, por las que me pagan, y se ríen mientras las pronuncio. «Linley, el microscopista loco», me llaman. Supongo que en esas

conferencias hablo incoherentemente. ¿Quién puede hablar con sentido cuando su cerebro está atormentado por esos horribles recuerdos, mientras de tanto en tanto, entre las sombras de la muerte, aparece ante mis ojos la radiante forma de mi perdida Animula?

¿QUÉ FUE ESO?

Siento grandes escrúpulos, lo confieso, al abordar la extraña narración que estoy a punto de relatar. Los acontecimientos que me propongo detallar son de una índole tan singular que estoy completamente seguro de suscitar desacostumbradas dosis de incredulidad y desprecio. Las acepto de antemano. Confío en tener el suficiente valor literario para afrontar el escepticismo. Tras madura reflexión, he decidido narrar, de la manera más sencilla y sincera que me sea posible, ciertos hechos misteriosos que pude observar el pasado mes de julio, y que no tienen precedentes en los anales de la física.

Vivo en Nueva York, en el número… de la calle Veintiséis. En cierto modo es una casa un tanto singular. Ha gozado en los dos últimos años de la fama de estar habitada por espíritus. Se trata de un enorme e impresionante edificio, rodeado de lo que antaño fuera jardín, pero que ahora no es más que un espacio verde destinado a tender al sol la colada. La seca taza de lo que fue una fuente, y unos pocos frutales descuidados y sin podar, denotan que el lugar fue en otros tiempos un

agradable y sombreado refugio, lleno de flores y frutos y del suave murmullo de las aguas.

La casa es muy amplia. Un vestíbulo de majestuosas proporciones conduce a una amplia escalera de caracol, y las demás habitaciones son, igualmente, de impresionantes dimensiones. Fue construida hace unos quince o veinte años por el Sr. A., conocido hombre de negocios de Nueva York, que cinco años atrás sembró el pánico en el mundo de las finanzas a causa de un formidable fraude bancario. Como todos saben, el Sr. A. escapó a Europa y poco después murió de un ataque al corazón. Tan pronto como la noticia de su fallecimiento llegó a este país y fue debidamente verificada, corrió el rumor por la calle Veintiséis de que la casa número… estaba encantada.

La viuda del anterior propietario fue legalmente desposeída de la propiedad, la cual desde entonces fue únicamente habitada por un guarda y su mujer, puestos allí por el agente inmobiliario a cuyas manos había pasado para su alquiler o venta. El matrimonio declaró sentirse perturbado por ruidos sobrenaturales. Las puertas se abrían solas. El escaso mobiliario disperso

aún en las diferentes habitaciones era apilado durante la noche por manos desconocidas. Pies invisibles subían y bajaban la escalera en pleno día, acompañados del crujir de vestidos de seda igualmente invisibles, y del deslizar de imperceptibles manos a lo largo de la imponente balaustrada. El guarda y su mujer afirmaron no querer vivir más tiempo en aquel lugar. El agente inmobiliario se rio, los despidió y puso a otros en su puesto. Los ruidos y las manifestaciones sobrenaturales continuaron. La historia se difundió por el vecindario, y la casa permaneció desocupada durante tres años. Varias personas trataron de alquilarla. Pero, de una forma u otra, antes de cerrar el trato se enteraban de los desagradables rumores y rehusaban concluir la operación.

Así estaban las cosas cuando mi patrona, que en aquel tiempo dirigía una casa de huéspedes en Bleecker Street y deseaba trasladarse más al centro de la ciudad, concibió la audaz idea de alquilar el número… de la calle Veintiséis. Como quiera que sus huéspedes éramos personas más bien animosas y sensatas, nos expuso su plan, sin omitir lo que había oído acerca de las características fantasmagóricas del edificio adonde deseaba que nos trasladásemos. A excepción de dos personas timoratas

—un capitán de barco y un diputado californiano, que nos notificaron de inmediato su marcha— los restantes huéspedes de la Sra. Moffat declaramos que la acompañaríamos en su caballeresca incursión en el reino de los espíritus.

La mudanza se llevó a cabo en el mes de mayo, y quedamos todos encantados con nuestra nueva residencia. La zona de la calle Veintiséis donde estaba situada nuestra casa, entre la Séptima y Octava avenida, es uno de los lugares más agradables de Nueva York. Los jardines traseros de las casas, que casi descienden hasta el Hudson, forman en verano una verdadera avenida cubierta de vegetación. El aire es puro y estimulante, dado que llega directamente de las colinas de Weehawken a través del río. Incluso, el descuidado jardín que rodea la casa, aunque en los días de colada muestre demasiados tendederos, ofrece no obstante un poco de césped que contemplar y un fresco refugio en las noches veraniegas donde fumarse un cigarro en la oscuridad observando los destellos de las luciérnagas entre la crecida hierba.

Por supuesto, nada más al instalarnos en el número… de la calle Veintiséis empezamos a esperar la aparición de

los fantasmas. Aguardábamos su llegada con auténtica impaciencia. Nuestras conversaciones en la mesa versaban sobre lo sobrenatural. Uno de los huéspedes, que había adquirido para su propio deleite *El lado oscuro de la naturaleza* de la Sra. Crowe, fue considerado enemigo público número uno del resto de la casa por no haber comprado veinte ejemplares más. El pobre llevó una vida tristísima mientras leía ese libro. Se estableció una red de espionaje en torno suyo. Si tenía la imprudencia de dejar el libro por un instante y abandonar su habitación, nos apoderábamos inmediatamente de él y lo leíamos en voz alta en lugares secretos ante un auditorio selecto. No tardé en convertirme en un personaje importante cuando se descubrió que estaba bastante versado en el campo de lo sobrenatural, y que en una ocasión había escrito un cuento cuyo protagonista era un fantasma. Si por casualidad crujía una mesa o un panel del zócalo de madera cuando estábamos reunidos en el amplio salón, inmediatamente se hacía el silencio, y todos esperábamos oír un rechinar de cadenas y ver una figura espectral.

Después de un mes de tensión psicológica, nos vimos obligados a admitir de mala gana que no había sucedido nada que pareciese ni remotamente fuera de lo normal.

En cierta ocasión, el mayordomo negro aseveró que una noche su vela había sido apagada de un soplo por un ser invisible mientras se desnudaba. Pero como yo había descubierto más de una vez a este caballero de color en un estado en el que una vela debía parecerle doble, supuse que, habiéndose excedido aún más en sus libaciones, podía haberse invertido el fenómeno y ahora no veía ninguna vela donde tenía que haber percibido una.

Así estaban las cosas cuando tuvo lugar un incidente tan espantoso e inexplicable que mi razón vacila con solo recordarlo. Fue el diez de julio. Terminada la cena acudí al jardín con mi amigo el doctor Hammond para fumar mi acostumbrada pipa vespertina. Aparte de cierta afinidad intelectual entre el doctor y yo, nos unía el mismo vicio. Ambos fumábamos opio. Cada uno de nosotros conocía el secreto del otro y lo respetaba. Compartíamos esa maravillosa expansión del pensamiento, esa prodigiosa agudización de las facultades perceptivas, esa ilimitada sensación de existir que nos da la impresión de estar en íntimo contacto con el universo entero. En resumen, esa inimaginable dicha espiritual, que no cambiaría por un trono, pero que deseo, amable lector, que nunca jamás experimentes.

Aquellas horas de éxtasis proporcionado por el opio, que el doctor y yo pasábamos juntos en secreto, estaban reguladas con precisión científica. No fumábamos irreflexivamente aquella droga paradisíaca, abandonando nuestros sueños al azar, sino que dirigíamos con cuidado nuestra conversación por los más luminosos y tranquilos cauces del pensamiento. Hablábamos de Oriente, procurando imaginar la magia de sus deslumbrantes paisajes. Comentábamos a los poetas más sensuales, aquellos que describían una vida saludable, rebosante de pasión, dichosa de poseer juventud, fuerza y belleza. Si hablábamos de *La tempestad* de Shakespeare, nos concentrábamos en Ariel, evitando a Calibán. Al igual que los *güebros*[1], volvíamos nuestras miradas a Oriente, y solo contemplábamos el aspecto risueño del universo.

El hábil colorido de nuestros pensamientos determinaba un tono adecuado a nuestras ulteriores visiones. Los esplendores de la mágica Arabia teñían nuestros sueños. Recorríamos esa angosta franja de verdor con paso majestuoso y porte real. El croar de la rana arbórea al aferrarse a la corteza del áspero ciruelo nos parecía música celestial. Casas, paredes y calles

1 Así llaman los musulmanes a los zoroástricos, adoradores del sol.

se desvanecían como nubes de verano, y paisajes de indescriptible belleza se extendían ante nosotros. Era aquella una camaradería desbordante. Disfrutábamos más intensamente de aquellas inmensas delicias porque, aun en los momentos de mayor éxtasis, éramos conscientes de nuestra mutua presencia. Nuestros placeres, aunque individuales, eran, sin embargo, gemelos; vibraban y crecían en exacta armonía.

Durante la velada en cuestión, el diez de julio, el doctor y yo nos dejamos llevar por insólitas especulaciones metafísicas. Encendimos nuestras largas pipas de espuma de mar, repletas de exquisito tabaco turco, en medio del cual ardía una diminuta bola negra de opio que, como la nuez del cuento de hadas, encerraba en sus estrechos límites maravillas fuera del alcance de los reyes. Mientras conversábamos, paseamos de un lado para otro. Una extraña perversidad dominaba el curso de nuestros pensamientos. No solían fluir estos por los luminosos cauces por los que tratábamos de encauzarlos. Por alguna inexplicable razón, se desviaban continuamente por oscuros y solitarios derroteros, donde las tinieblas habían sentado sus reales. En vano nos lanzábamos a las costas de Oriente, según la vieja costumbre, y evocábamos sus

alegres bazares, el esplendor de la época de Harún, los harenes y los palacios dorados. Negros ifrits[2] surgían incesantemente de las profundidades de nuestra plática, y crecían, como aquel que el pescador libró de la vasija de cobre[3], hasta oscurecer cuanto brillaba ante nuestros ojos. Insensiblemente cedimos a la fuerza oculta que nos dominaba, dejándonos llevar por sombrías especulaciones. Llevábamos algún tiempo hablando de la tendencia al misticismo del espíritu humano y de la afición casi universal por lo atroz, cuando Hammond me dijo repentinamente:

—¿Qué es, a tu juicio, lo más terrorífico que existe?

La pregunta me desconcertó. Sabía que había muchas cosas espantosas. Tropezar con un cadáver en la oscuridad. O contemplar, como me sucedió a mí en cierta ocasión, a una mujer arrastrada por un abrupto y rápido río, agitando frenéticamente los brazos, con el rostro descompuesto, y lanzando chillidos que le partían a uno el corazón, en tanto que los espectadores permanecíamos

---

2 Los más poderosos y malvados *yinn* o genios de la mitología arábiga, representados en *Las mil y una noches* con cuernos, zarpas de león, pezuñas de asno y tamaño gigantesco.

3 Alusión a *Las mil y una noches*: «Historia del pescador».

paralizados de terror, desde una ventana a sesenta pies de altura, incapaces de hacer el más mínimo esfuerzo por salvarla, observando en silencio, no obstante, el último y supremo estertor de su agonía y su consiguiente desaparición bajo las aguas. Los restos de un naufragio, sin vida aparente a bordo, flotando indiferentemente en medio del océano, constituyen un espectáculo terrible, pues sugieren un terror descomunal de proporciones desconocidas. Pero aquella noche por vez primera se me ocurrió pensar que tenía que haber una suprema y primordial encarnación del miedo, un terror soberano ante el cual todos los demás deben rendirse. ¿Cuál podría ser? ¿A qué cúmulo de circunstancias podía deber su existencia?

—Te confieso, Hammond —respondí a mi amigo—, que hasta ahora nunca he considerado esa cuestión. Presiento que debe haber algo más terrible que todo lo demás. Sin embargo, me resulta imposible definirlo, siquiera vagamente.

—A mí me ocurre algo parecido, Harry —contestó—. Presiento que soy capaz de experimentar un terror mayor que todo lo que la mente humana puede concebir; algo

que combine, en espantosa y sobrenatural amalgama, elementos tenidos hasta ahora por incompatibles. El clamor de voces en *Wieland*, novelar de Brockden Brown, es algo terrible. Lo mismo que la descripción del Morador del Umbral en *Zanoni*, de Bulwer. Pero —añadió, agitando la cabeza melancólicamente— hay algo más horrible aún que todo eso.

—Escucha, Hammond —repliqué yo—, abandonemos este tipo de conversación, ¡por el amor de Dios!

—No sé lo que me pasa esta noche —me respondió—, pero por mi mente pasan toda clase de pensamientos misteriosos y espantosos. Me parece que esta noche podría escribir un cuento como los de Hoffmann, si poseyera al menos un estilo literario.

—Bueno, si vamos a ponernos hoffmanescos en nuestra charla, me voy a la cama. El opio y las pesadillas no deben mezclarse nunca. ¡Qué sofoco! Buenas noches, Hammond.

—Buenas noches, Harry. Que tengas sueños agradables.

—Y tú, pájaro de mal agüero, que sueñes con *ifrits*, gules y brujos.

Nos separamos y cada uno buscó su cámara respectiva. Me desvestí con presteza y me metí en la cama, cogiendo, como de costumbre, un libro para leer un poco antes de dormirme. Abrí el volumen apenas hube apoyado la cabeza en la almohada, pero en seguida lo arrojé al otro extremo de la habitación. Era la *Historia de los monstruos*, de Goudon, una curiosa obra francesa que me habían enviado recientemente de París, pero que, dado el estado de ánimo en que me encontraba, era la compañía menos indicada. Decidí dormirme sin más; de modo que, bajando el gas hasta dejar solamente un resplandor azulado en lo alto del tubo, me dispuse a descansar.

La habitación estaba completamente a oscuras. La débil llama que todavía permanecía encendida apenas alumbraba a una distancia de tres pulgadas en torno a la lámpara. Desesperadamente me tapé los ojos con un brazo, como para librarme incluso de la oscuridad, y traté de no pensar en nada. Todo fue inútil. Los malditos temas que Hammond había tratado en el jardín no cesaban de agitarse en mi cerebro. Luché contra ellos. Erigí murallas

mentales, traté de poner en blanco mi mente a fin de mantenerlos alejados, pero seguían agolpándose sobre mí. Mientras yacía como un cadáver, con la esperanza de que una completa inactividad física aceleraría mi reposo mental, ocurrió un espantoso incidente. Algo pareció caer del techo sobre mi pecho y un instante después sentí que dos manos huesudas rodeaban mi garganta, intentando estrangularme.

No soy cobarde y además poseo una considerable fuerza física. Lo imprevisto del ataque, en lugar de aturdirme, templó al máximo mis nervios. Mi cuerpo reaccionó instintivamente antes de que mi cerebro tuviera tiempo de percatarse del horror de la situación. Inmediatamente rodeé con mis musculosos brazos a la criatura y la apreté contra mi pecho con toda la fuerza de la desesperación. En pocos segundos las huesudas manos que se aferraban a mi garganta aflojaron su presa y volví a respirar libremente. Comenzó entonces una lucha atroz. Inmerso en la más profunda oscuridad, ignorando por completo la naturaleza de aquello que me había atacado tan repentinamente, sentí que la presa se me escapaba de las manos, aprovechando, según me pareció, su completa desnudez. Unos dientes afilados me mordían en los

hombros, el cuello y el pecho, teniendo que protegerme la garganta, a cada momento, de un par de vigorosas y ágiles manos, que no lograba apresar ni con los mayores esfuerzos. Ante tal cúmulo de circunstancias, tenía que emplear toda la fuerza, la destreza y el valor de que disponía.

Finalmente, después de una silenciosa, encarnizada y agotadora lucha, logré abatir a mi asaltante a costa de una serie de esfuerzos increíbles. Una vez que lo tuve inmovilizado, con mi rodilla sobre lo que consideré debía ser su pecho, comprendí que había vencido. Descansé unos instantes para tomar aliento. Oía jadear en la oscuridad a la criatura que tenía debajo y sentía los violentos latidos de su corazón. Por lo visto estaba tan exhausta como yo; eso fue un alivio. En ese momento recordé que antes de acostarme solía guardar bajo la almohada un pañuelo grande de seda amarilla. Inmediatamente lo busqué a tientas: allí estaba. En pocos segundos até de cualquier forma los brazos de aquella criatura.

Me sentía entonces bastante seguro. No tenía más que avivar el gas y, una vez visto quién era mi asaltante nocturno, despertar a toda la casa. Confesaré que un

cierto orgullo me movió a no dar la alarma antes: quería realizar la captura yo solo, sin ayuda de nadie.

Sin soltar la presa ni un instante, me deslicé de la cama al suelo, arrastrando conmigo a mi cautivo. Solo tenía que dar unos pasos para alcanzar la lámpara de gas. Los di con la mayor cautela, sujetando con fuerza a aquella criatura como en un torno de banco. Finalmente, el diminuto punto de luz azulada que me indicaba la posición de la lámpara de gas quedó al alcance de mi mano. Rápido como un rayo, solté una mano de la presa y abrí todo el gas. Seguidamente, me volví para contemplar a mi prisionero.

No me es posible siquiera intentar definir la sensación que experimenté después de haber abierto el gas. Supongo que debí gritar de terror, pues en menos de un minuto se congregaron en mi habitación todos los huéspedes de la casa. Aún me estremezco al pensar en aquel terrible momento. ¡No vi nada! Tenía, sí, un brazo firmemente aferrado en torno a una forma corpórea que respiraba y jadeaba, y con la otra mano apretaba con todas mis fuerzas una garganta tan cálida y, en apariencia, tan carnal como la mía; y, a pesar de aquella sustancia viva

apresada entre mis brazos, de aquel cuerpo apretado contra el mío ¡no percibí absolutamente nada al brillante resplandor de la llama de gas! Ni siquiera una silueta, ni una sombra.

Aún ahora no acierto a comprender la situación en la que me encontraba. No puedo recordar por completo el asombroso incidente. En vano trata la imaginación de explicarse aquella atroz paradoja.

Aquello respiraba. Notaba su cálido aliento en mis mejillas. Se debatía con ferocidad. Tenía manos: me habían agarrado. Su piel era tersa como la mía. Aquel ser estaba ahí, apretado contra mí, firme como una piedra, y sin embargo ¡completamente invisible!

Me sorprende que no me desmayara o perdiera la razón en el acto. Algún milagroso instinto debió sostenerme, porque, en lugar de aflojar mi presión en torno a aquel terrible enigma, el horror que sentí en aquel momento pareció darme nuevas fuerzas, y estreché mi presa con tanto vigor que sentí estremecerse de angustia a aquel ser.

En aquel preciso momento, Hammond entró en mi habitación al frente del resto de los huéspedes. Apenas

vio mi rostro —que, supongo, debía presentar un aspecto espantoso— se precipitó hacia mí gritando:

—¡Cielo santo, Harry! ¿Qué ha pasado?

—¡Hammond, Hammond! —exclamé—. Ven aquí. ¡Ah, es terrible! He sido atacado en mi cama por algo que tengo sujeto, pero no puedo ver. ¡No puedo verlo!

Sobrecogido sin duda por el horror no fingido que se leía en mi rostro, Hammond dio dos pasos hacia delante con expresión anhelante y confusa. El resto de los visitantes prorrumpió en una risa entre dientes, perfectamente audible. Aquella risa contenida me puso furioso. ¡Reírse de un ser humano en mi situación! Era la peor de las crueldades. Hoy puedo comprender que el espectáculo de un hombre luchando violentamente contra, al parecer, el vacío, y pidiendo ayuda para protegerse de una visión, pudiera parecer ridículo. Pero en aquel momento fue tanta mi rabia contra aquel infame grupo de burlones que, si hubiera podido, les habría golpeado a todos allí mismo.

—¡Hammond, Hammond! —grité de nuevo con desesperación—. ¡Por el amor de Dios, ven en seguida!

No puedo sujetar… esta cosa por mucho más tiempo. Me está venciendo. ¡Socorro! ¡Ayúdame!

—Harry —susurró Hammond acercándose a mí—. Has fumado demasiado opio.

—Te juro, Hammond, que no se trata de una alucinación —respondí, también en voz baja—. ¿No ves cómo sacude todo mi cuerpo de tanto como se agita? Si no me crees, convéncete por ti mismo. ¡Tócala!

Hammond avanzó y puso su mano en el lugar que yo le indiqué. Un insensato grito de horror brotó de sus labios. ¡Lo había palpado!

Al momento descubrió en algún rincón de mi habitación un trozo largo de cuerda y en seguida lo enrolló y lo ató en torno al cuerpo del ser invisible que yo sujetaba entre mis brazos.

—Harry —dijo con voz ronca y temblorosa, pues, aunque conservaba su presencia de ánimo, estaba profundamente emocionado—. Harry, ahora ya está segura. Puedes soltarla si estás cansado, viejo amigo. Esta cosa está inmovilizada.

Me encontraba completamente extenuado y abandoné gustoso mi presa.

Hammond sostenía los cabos de la cuerda con que había atado al ser invisible y los enrolló alrededor de su mano. Ante él podía contemplar, como si se sostuviera por sí misma, una cuerda entrelazada y apretada alrededor de un espacio vacío. Nunca he visto un hombre tan completamente afectado por el miedo. Sin embargo, su rostro expresaba todo el valor y la determinación que yo sabía que poseía. Sus labios, aunque pálidos, estaban firmemente apretados, y a simple vista se podía percibir que, aunque presa del miedo, no estaba intimidado.

La confusión que se produjo entre los demás huéspedes de la casa que fueron testigos de aquella extraordinaria escena entre Hammond y yo, que contemplaron la pantomima de atar a esa cosa que forcejeaba y me vieron casi desplomarme de agotamiento físico una vez terminada mi tarea de carcelero, así como el terror que se apoderó de ellos al ver todo eso, son imposibles de describir. Los más débiles huyeron de la habitación. Los pocos que se quedaron, se agruparon cerca de la puerta y no pudimos convencerles para que se aproximaran a

Hammond y a su carga. Por encima de su terror afloraba la incredulidad. No tenían el valor de cerciorarse por sí mismos y, sin embargo, dudaban. Fue inútil que rogase a algunos de ellos que se acercaran y se convencieran por el tacto de la presencia en aquella habitación de un ser vivo e invisible. Eran escépticos, pero no se atrevían a desengañarse. Se preguntaban cómo era posible que un cuerpo sólido, vivo y dotado de respiración fuera invisible. He aquí mi respuesta: hice una señal a Hammond y ambos, venciendo nuestra tremenda repugnancia a tocar aquella criatura invisible, la levantamos del suelo, atada como estaba, y la llevamos a mi cama. Pesaba poco más o menos como un chico de catorce años.

—Ahora, amigos míos —dije, mientras Hammond y yo sosteníamos a la criatura en alto sobre la cama—, puedo darles una prueba evidente de que se trata de un cuerpo sólido y pesado que, sin embargo, no pueden ustedes ver. Tengan la bondad de observar con atención la superficie de la cama.

Me asombraba mi propio valor al tratar aquel extraño suceso con tanta serenidad, pero me había sobrepuesto al terror inicial y experimentaba una especie de orgullo científico que dominaba cualquier otro sentimiento.

Los ojos de los presentes se posaron inmediatamente en la cama. A una señal dada, Hammond y yo dejamos caer a la criatura. Se oyó el ruido sordo de un cuerpo pesado al caer sobre una masa blanda. Los maderos de la cama crujieron. Una profunda depresión quedó claramente marcada sobre la almohada y el colchón. Los testigos de aquella escena lanzaron un débil grito y huyeron precipitadamente de la habitación. Hammond y yo nos quedamos solos con nuestro misterio.

Durante algún tiempo permanecimos en silencio, escuchando la débil e irregular respiración de la criatura tendida en la cama, y observando cómo removía la ropa de cama mientras luchaba vanamente por librarse de las ataduras. Luego Hammond tomó la palabra.

—Harry, esto es espantoso.

—Sí, espantoso.

—Pero no inexplicable.

—¿Que no es inexplicable? ¿Qué quieres decir? No ha ocurrido nada parecido desde el origen del mundo.

No sé qué pensar, Hammond. ¡Dios quiera que no haya enloquecido y que no sea esto una fantasía insensata!

—Razonemos un poco, Henry. Tenemos aquí un cuerpo sólido que podemos tocar, pero no ver. El hecho es tan insólito que nos llena de terror. Sin embargo, ¿acaso no existen fenómenos similares? Tomemos un pedazo de cristal puro. Es tangible y transparente. Una cierta impureza en su composición química es lo único que impide que sea enteramente transparente, hasta el punto de tornarse del todo invisible. En realidad, no es *teóricamente imposible* fabricar un cristal que no refleje ni siquiera un rayo de luz, un cristal tan puro y homogéneo en sus átomos que los rayos solares lo atraviesen como pasan a través del aire, es decir, refractados pero no reflejados. No vemos el aire y, sin embargo, lo sentimos.

—Todo eso está muy bien, Hammond, pero se trata de sustancias inanimadas. El cristal no respira y el aire tampoco. *Esta* cosa tiene un corazón que late, una voluntad que la mueve, pulmones que funcionan, que aspiran y respiran.

—Te olvidas de los fenómenos de que tanto hemos oído hablar últimamente —respondió el doctor gravemente—.

En las reuniones llamadas «espiritistas», manos invisibles han sido tendidas a las personas sentadas en torno a la mesa; manos cálidas, carnales, en las que parecía palpitar la vida.

—¿Cómo? ¿Crees tú, entonces, que esta cosa es…?

—Ignoro lo que pueda ser —fue la solemne respuesta—. Pero, el cielo lo permita, con tu ayuda la investigaré a fondo.

Velamos juntos toda la noche, fumando sin parar, a la cabecera de aquel ser sobrenatural que no cesó de agitarse y de jadear hasta quedar, al parecer, extenuado. Luego, según pudimos deducir por su débil y regular respiración, se quedó dormido.

A la mañana siguiente toda la casa estaba en movimiento. Los huéspedes se congregaron en el umbral de mi habitación: Hammond y yo nos habíamos convertido en celebridades. Tuvimos que contestar a miles de preguntas acerca del estado de nuestro extraordinario prisionero, pero nadie salvo nosotros consintió en poner los pies en el cuarto.

La criatura estaba despierta. Era evidente por la manera convulsiva con que agitaba las ropas de cama en su esfuerzo por liberarse. Era verdaderamente horrendo contemplar las muestras indirectas de aquellas terribles contorsiones y aquellos angustiosos forcejeos invisibles.

Hammond y yo habíamos estrujado nuestros cerebros durante esa larga noche a fin de encontrar algún medio que nos permitiese averiguar la forma y el aspecto general de aquel enigma. Por lo que pudimos deducir, pasando nuestras manos a lo largo de la criatura, sus contornos y rasgos eran humanos. Tenía boca, una cabeza lisa y redonda sin pelo, una nariz que, empero, sobresalía apenas de las mejillas, y manos y pies como los de un muchacho. Al principio pensamos colocar aquel ser sobre una superficie lisa y trazar su contorno con tiza, del mismo modo que los zapateros trazan el contorno de un pie. Pero desechamos este plan por insuficiente. Un dibujo de esa clase no nos proporcionaría ni la más ligera idea acerca de su conformación.

Me asaltó una idea feliz. Sacaríamos un molde en escayola. Con ello obtendríamos su figura exacta, y satisfaríamos todos nuestros deseos. Pero ¿cómo hacerlo?

Los movimientos de la criatura impedirían el modelado de la envoltura plástica y desvirtuarían el molde. Tuve otra idea. ¿Por qué no cloroformizarla? Tenía órganos respiratorios, era evidente por sus resoplidos. Una vez insensibilizada, podríamos hacer con ella lo que quisiéramos.

Mandamos llamar al doctor X, y cuando aquel respetable médico se hubo repuesto de su primer estupor, él mismo procedió a administrar el cloroformo. Tres minutos después pudimos quitar las ligaduras del cuerpo de aquella criatura, y un modelista se dedicó afanosamente a cubrir su invisible figura con arcilla húmeda. Cinco minutos más tarde teníamos un molde, y antes de la noche, una tosca reproducción del misterio. Tenía forma humana; deforme, grotesca y horrible, pero al fin y al cabo humana. Era pequeño: no sobrepasaba los cuatro pies y algunas pulgadas, y sus miembros revelaban un desarrollo muscular sin parangón. Su rostro superaba en fealdad a todo cuanto yo había visto hasta entonces. Ni Gustave Doré, ni Callot, ni Tony Johannot concibieron nunca algo tan horrible. En una de las ilustraciones de este último para *Un voyage où il vous plaira*[4], hay un

4 *Viaje a donde gustéis* (1843), de Alfred de Musset, libro romántico de viajes y fantasías.

rostro que puede dar una idea aproximada del semblante de esta criatura, aun sin igualarlo. Era la fisonomía que yo hubiera imaginado para un gul. Parecía capaz de alimentarse de carne humana.

Una vez satisfecha nuestra curiosidad, y después de haber exigido a los demás huéspedes que guardaran el secreto, se planteó la cuestión de qué haríamos con nuestro enigma. Era imposible conservar en casa algo tan horroroso, pero no se podía siquiera pensar en dejar suelto por el mundo un ser tan espantoso. Confieso que hubiera votado gustosamente por la destrucción de esa criatura. Pero ¿quién asumiría la responsabilidad? ¿Quién se encargaría de la ejecución de ese horrible remedo de ser humano? Día tras día discutimos seriamente la cuestión. Todos los huéspedes abandonaron la casa. La señora Moffat estaba desesperada y nos amenazó a Hammond y a mí con denunciarnos si no hacíamos desaparecer aquella abominación. Nuestra respuesta fue:

—Nos iremos si ese es su deseo, pero nos negamos a llevarnos con nosotros a esa criatura. Hágala desaparecer usted, si lo desea. Apareció en su casa. Queda bajo su responsabilidad.

Naturalmente no hubo respuesta. La señora Moffat no logró encontrar a nadie que, por compasión o interés, osara acercarse al Misterio.

Lo más extraño de todo este asunto era que ignorábamos por completo cómo se alimentaba habitualmente aquella criatura. Pusimos ante ella todos los alimentos que se nos ocurrió, pero nunca los tocó. Resultaba espantoso estar junto a ella, día tras día, viendo agitarse las sábanas, oyendo su difícil respiración y sabiendo que se estaba muriendo de hambre.

Pasaron diez, doce, quince días y todavía continuaba viviendo. Sin embargo, los latidos de su corazón se debilitaban día a día y ya casi se habían detenido. Era evidente que la criatura se estaba muriendo por falta de alimento. Mientras duró aquella terrible lucha agónica me sentí fatal. No podía dormir. Por muy horrible que fuera aquella criatura, era penoso pensar en los tormentos que estaba sufriendo.

Finalmente murió. Una mañana Hammond y yo la encontramos fría y rígida sobre la cama. Su corazón había dejado de latir, y sus pulmones de respirar. Nos apresuramos a enterrarla en el jardín. Fue un extraño

entierro arrojar aquel cadáver invisible a la húmeda fosa. Doné el molde de su cuerpo al doctor X, que lo conserva todavía en su museo de la calle Décima.

He escrito este relato del suceso más insólito del que he tenido conocimiento, porque estoy a punto de emprender un largo viaje del que nunca regresaré.

“El camino de mi vida quedó decidido en aquel momento. Mi destino era ser microscopista...

Colección
Lima Lee

